



TOSCANINI

A sus pasiones de juventud la vejez

agregó una nueva: la televisión!

EN 1919 la Sinfónica de Milán ensayaba la Novena Sinfonía de Beethoven en medio de una gran tensión. Uno de los violines repitió un error, y el director, enfurecido, avanzó hacia él para romperle el instrumento a puntapiés, y darle, además, una trompada en un ojo. Llevado ante la justicia esta declaró su inocencia, por que no podía juzgarse a los seres sobre humanos con la ley de los simples humanos.

Y los jueces italianos tenían razón, porque Arturo Toscanini ha sido, durante 50 años, una figura dominante en el mundo de la creación artística. Como músico representó la absoluta falta de compromisos hacia ninguna tendencia. Como hombre es, sencillamente más genial aún.

Le gustaba, como buen italiano, la compañía de los amigos, y casi siempre los tenía en su casa como invitados. Cuando no, era el quien caminaba hasta la casa de éstos para retribuirle sus cortesías.

Es curioso que le apasionara tanto la televisión. Le apasionaban sin distinción todos los programas, y en especial era un aficionado a los encuentros de boxeo y lucha. Como era incapaz de hacer nada a medias, cuando observaba un encarnizado combate alentaba a los contendientes, les insinuaba instrucciones, se movía, accionaba sus puños para darle más fuerza a los del que él acompañaba de alma.

Jamás conoció la pereza.

Toscanini aportaba a su actividad como director una actividad física de por sí sola tremenda. Era capaz de resistir tres cuartos de horas de pie, dirigiendo un ensayo. Sus brazos y su cuerpo se mantenían en constante movimiento. Gritaba sus instrucciones. Cantaba a toda voz mientras los músicos ensayaban. Después de cada sesión, regresaba a su camerino, empapado en sudor.

Allí descansaba en silencio absoluto, sorbiendo lentamente una copa de champaña o brandy. Poco a poco se recuperaba de la fatiga física y mental y comenzaba a ser el vigoroso ser que todos conocían. Entonces podía iniciar una conversación sobre arte y política y tener ocupado a sus amigos hasta la una o las tres de la mañana. Debido a su extraordinaria memoria y a su vida intensa, era como escuchar un curso grabado de historia.

En una ocasión ya anciano, notó, en medio de su conversación, que algunos empezaban a retirarse, uno de sus amigos, mucho más joven

viejos es cuando la vamos a pasar bien!

Los años mozos de Toscanini quizá tuvieron que ver con su extraordinario vigor físico. Aunque no puede decirse que fué un vegetariano, el Maestro comía muy poca carne. Sus platos favoritos seguían siendo la modesta sopa y el humilde pan que sus padres le enseñaron a comer, con pobreza.

Toscanini proviene de gente sencilla, artesanos y campesinos, rudos, nobles, y fuertes. Ni su padre ni su madre fueron músicos. Y la infancia que él pasó, fué dura.

Con sus padres y tres hermanos vivió en la modesta casa de Parma, donde nació. Su padre, que era un buen sastré tenía una tendencia a desarrollar otras ocupaciones, cosa que le reportaba más pobreza que felicidad. Entonces su madre no podía darle sino sopa y pan.

Jamás abandonó esta costumbre. Lo que más le gustó toda la vida fueron las frutas frescas. Siempre las había en su estudio o en su habitación. Recordando quizá las noches duras de su niñez, mordisqueaba alguna de ellas con un trozo de queso antes de dormir primero el estómago, y después él.

De grande agregó a su dieta el licor, pero con moderación. Siempre le decía a sus amigos que tenía en su cuerpo un mecanismo especial, que le advertía de los excesos. No fumó jamás, por la sencilla razón que no le gustaba.

Quizá esto explique básicamente su vigor. Él fue un hombre con sentido de la perfección, en la vida y en el arte. Cada concierto era para él una gran aventura. Siempre lo entusiasmaba, siempre estaba curioso de lo que iba a pasar.

De joven también fué curioso y entusiasta, y por ello practicó el alpinismo. Cuando su miopía se acentuó dejó los ejercicios de altura por las caminatas pero ya en los últimos años había tenido que dejar eso.

Sin embargo, seguía vital.

Corto de vista como era, y sin poder caminar mucho, subía y bajaba las escaleras de su casa muchísimas veces al día. Muchos se maravillaron por la rapidez como lo hacía.

Lo que pasaba era que Toscanini sabía el número de peldaños de memoria y las bajaba mentalmente. Su memoria era tan formidable que podía hacer otro tanto en la casa de sus amigos.

Cuando no tenía sueño se ponía a leer literatura o música en la cama. Siempre tenía a mano libros o partituras. Después de leer o de



ojo. Llevado ante la justicia esta, declaró su inocencia, por que no podía juzgarse a los seres sobre humanos con la ley de los simples humanos.

Y los jueces italianos tenían razón, porque Arturo Toscanini ha sido, durante 50 años, una figura dominante en el mundo de la creación artística. Como músico representó la absoluta falta de compromisos hacia ninguna tendencia. Como hombre es, sencillamente más genial aún.

Le gustaba, como buen italiano, la compañía de los amigos, y casi siempre los tenía en su casa como invitados. Cuando no, era el quien caminaba hasta la casa de éstos para retribuirle sus cortesías.

Es curioso que le apasionara tanto la televisión. Le apasionaban sin distinción todos los programas, y en especial era un aficionado a los encuentros de boxeo y lucha. Como era incapaz de hacer nada a medias, cuando observaba un encarnizado combate alentaba a los contendientes, les insinuaba instrucciones, se movía, accionaba sus puños para darle más fuerza a los del que el acompañaba de alma.

Jamás conoció la pereza.

Toscanini aportaba a su actividad como director una actividad física de por sí sola tremenda. Era capaz de resistir tres cuartos de horas de pie, dirigiendo un ensayo. Sus brazos y su cuerpo se mantenían en constante movimiento. Gritaba sus instrucciones. Cantaba a toda voz mientras los músicos ensayaban. Después de cada sesión, regresaba a su camerino, empapado en sudor.

Allí descansaba en silencio absoluto, sorbiendo lentamente una copa de champaña ó brandy. Poco a poco se recuperaba de la fatiga física y mental y comenzaba a ser el vigoroso ser que todos conocían. Entonces podía iniciar una conversación sobre arte y política y tener ocupado a sus amigos hasta la una o las tres de la mañana. Debido a su extraordinaria memoria y a su vida intensa, era como escuchar un curso grabado de historia.

En una ocasión, ya anciano, notó, en medio de su conversación, que algunos empezaban a retirarse, uno de sus amigos, mucho más joven que el Maestro le dijo que era hora de dejar la reunión. Y Toscanini le contestó:

"No hombre, ahora que se están yendo los

milde pan que sus padres le enseñaron a comer, con pobreza.

Toscanini proviene de gente sencilla, artesanos y campesinos, rudos, nobles, y fuertes. Ni su padre ni su madre fueron músicos. Y la infancia que el pasó, fué dura.

Con sus padres y tres hermanos vivió en la modesta casa de Parma, donde nació. Su padre, que era un buen sastre tenía una tendencia a desarrollar otras ocupaciones, cosa que le reportaba más pobreza que felicidad. Entonces su madre no podía darle sino sopa y pan.

Jamás abandonó esta costumbre. Lo que más le gustó toda la vida fueron las frutas frescas. Siempre las había en su estudio o en su habitación. Recordando quizá las noches duras de su niñez, mordisqueaba alguna de ellas con un trozo de queso antes de dormir primero el estómago, y después el.

De grande agregó a su dieta el licor, pero con moderación. Siempre le decía a sus amigos que tenía en su cuerpo un mecanismo especial, que le advertía de los excesos. No fumó jamás, por la sencilla razón que no le gustaba.

Quizá esto explique básicamente su vigor. El fue un hombre con sentido de la perfección, en la vida y en el arte. Cada concierto era para él una gran aventura. Siempre lo entusiasmaba, siempre estaba curioso de lo que iba a pasar.

De joven también fué curioso y entusiasta, y por ello practicó el alpinismo. Cuando su miopía se acentuó dejó los ejercicios de altura por las caminatas pero ya en los últimos años había tenido que dejar eso.

Sin embargo, seguía vital.

Corto de vista como era, y sin poder caminar mucho, subía y bajaba las escaleras de su casa muchísimas veces al día. Muchos se maravillaron por la rapidez como lo hacía.

Lo que pasaba era que Toscanini sabía el número de peldaños de memoria y las bajaba mentalmente. Su memoria era tan formidable que podía hacer otro tanto en la casa de sus amigos.

Cuando no tenía sueño se ponía a leer literatura o música en la cama. Siempre tenía a mano libros o partitura. Después, tarde se dormía.

Así ocurrió la madrugada del 16 de enero. Silenciosamente se durmió. Y la muerte, dulce ante el genio paró su corazón sin despertarlo.



UN GENIO...

pero también un hombre simple